

LOCA POR LA INDEPENDENCIA: GÉNERO Y RAZÓN ILUSTRADA EN MARIQUITA SÁNCHEZ HASTA SU EXILIO (RÍO DE LA PLATA, PRIMERA MITAD DEL 1800)

and similar papers at core.ac.uk

provided by Göteborgs universitets publika

Introducción

En el contexto de la conmemoración de los 200 años de la independencia latinoamericana, estamos presenciando una fuerte revisión historiográfica que rescata, entre otros temas, la figura y accionar de las mujeres en dicho proceso. Entre ellas, la de Mariquita Sánchez (1776-1868) es una de las más conocidas y relatadas en el Cono Sur. Sin embargo, y aunque mucho se ha comentado sobre ella en los últimos veinte años, pocos son los textos que abordan su vida desde perspectivas originales ya que casi todos se limitan a sintetizar la información contenida en dos fuentes, que aquí consideramos centrales: la biografía publicada por María Sáenz Quesada en 1995 y la compilación en 2003 de algunos documentos producidos por la propia Mariquita.

Narrar y analizar la vida de Mariquita Sánchez es escribir la nación: la patria argentina nace al mismo tiempo que Mariquita deja la niñez y hasta podría decirse que mujer y nación llegarán juntas a la madurez. El Río de la Plata, cual nación joven, será narrada por una también joven Mariquita en relatos epistolares, lo que resultará en una casi etnografía de la vida cotidiana en la sociedad decimonónica.

La permanente participación de Mariquita Sánchez en los sucesos históricos de la primera mitad del siglo XIX la trasformarán en una figura iconográfica de la independencia argentina, aún desde su más temprana edad. Sin embargo, su activa presencia en la vida política y su autonomía de pensamiento, escritura y acción le ganarán fama de extravagante y recibirá el epíteto de “loca” no pocas veces a lo largo de su vida. Las transgresiones de esta dama patricia a la normativa de género de la época resultarán en una serie de

medidas de disciplinamiento, tales como el confinamiento, la censura social y, finalmente, el exilio de esta mujer.¹ En las próximas páginas se analizará, entonces, la figura de Mariquita Sánchez a partir de la relación entre racionalidad y la construcción de la feminidad y la masculinidad en la esfera pública durante la primera mitad del siglo XIX y hasta la partida de Mariquita Sánchez al exilio en 1837.

Género y razón: la construcción de la locura en el Buenos Aires colonial y revolucionario

Desde los primeros postulados de la filosofía de la Ilustración en el siglo XVIII, la racionalidad cobra un valor especial en las sociedades modernas como un prerrequisito para el anhelado progreso. Pero es sólo en contraste con la noción de 'insalubridad mental' cuando el concepto de racionalidad adquiere su completo sentido. Al igual que la idea del poder, la racionalidad será asumida como un atributo de la masculinidad mientras emocionalidad y sentimentalismo lo serán de la feminidad (Busfield 1996:106ss.). Las representaciones de la mujer del Río de la Plata de inicios del siglo XIX, por ejemplo, enfatizan frecuentemente su suavidad, dependencia y permeabilidad a las necesidades ajenas, así como su tendencia a la ansiedad, tristeza y miedo. De esta manera, la identidad femenina se construye discursivamente como emocional, sensible e irracional (Masiello 1992 y Busfield 1996:107).² La identidad masculina, por el contrario, es definida como independiente, objetiva y racional; en consecuencia, los sentimientos masculinos no se manifiestan como síntomas de desborde emocional, pero sí los femeninos. De allí la tendencia a interpretar la emotividad femenina como "anormal" y la necesidad de encontrar mecanismos para ponerla bajo control.

¹ A pesar de la vieja amistad y pertenencia de clase que los unía, Juan Manuel de Rosas impulsará a Mariquita al exilio en 1837 cuando ella tome partido – "irracionalmente" según el gobernador – por los opositores a Rosas, entre los que se contaba Juan, uno de los hijos de Mariquita.

² Al respecto, Jane Ussher deconstruye la locura femenina de los siglos pasados como una práctica social compuesta de un elemento represivo (el confinamiento) y de un elemento discursivo, al que Ussher denomina práctica discursiva misógina (1991:19ss.).

La relación entre masculinidad, racionalidad y capacidad de acción, y su contracara, el nexo entre feminidad, irracionalidad y pasividad están inexorablemente ligadas a nociones de poder social y a los sistemas de género de cada época. Verdaderamente, estas atribuciones a las identidades de género no son más que representaciones culturales de las diferencias en el acceso o negación del poder. Estas relaciones son complejas y difíciles de resolver, pero es importante destacar que también constituyen uno de los mecanismos para la reproducción y mantenimiento de las relaciones de poder genéricas.

En el discurso social hegemónico del siglo XIX los desórdenes mentales son considerados fenómenos físicos que pueden ser tratados con medios igualmente físicos. En términos de medicina moderna, estos fenómenos incluían una amplia gama de cuadros psíquicos tales como esquizofrenia, bipolaridad depresiva, anorexia nerviosa, fobias, manías y otros malestares resultado de diferentes dependencias (alcohol, medicamentos, narcóticos, etc.). El diagnóstico se establecía a partir de un razonamiento inductivo basado en los síntomas evidentes, es decir, en la conducta pública y disturbada de los individuos (Busfield 1996:51ss.).

Según datos contenidos en el artículo de Ricardo Lesser (2004)³, existían en el Buenos Aires del 1810 aproximadamente unos 200 individuos calificados como locos. Teniendo en cuenta que la población de la ciudad era de 42.780 habitantes, esto quiere decir que uno de cada 200 porteños era oficialmente loco. La observación de “desviaciones sociales” en la conducta pública de los hombres y mujeres de la época, era interpretada como consecuencia de un “desorden mental” y, por lo tanto, diagnosticada como locura o enfermedad física (Busfield 1996:53) sin mayores indagaciones por agentes del saber (o autoridades) del Estado, la Iglesia o hasta del Ejército. La cuestión central aquí es la negación de la capacidad de acción de los individuos señalados como mentalmente enfermos frente al aparato estatal: su condición mental presupone su subordinación a fuerzas que escapan a su control y que, en consecuencia, obligan a su reclusión o

³ Lesser cita a Isidoro de María, a su vez citado por Do Ocampo, Osvaldo en su artículo de 2003: “La locura del virrey y otras locuras. Aproximación a la medicina colonial” en *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 67:1.

confinamiento en instituciones de sometimiento y corrección (Busfield 1996:105).

Esta pasividad será remarcada aún más en las relaciones de género. Busfield señala que en estas instituciones, aunque tanto los hombres como las mujeres se manifiestan, los primeros miran a las mujeres mientras ellas se miran a sí mismas mientras son miradas por otros (1996:106). En general,

A las mujeres [revolucionarias del siglo XIX], tanto como a los otros miembros marginados de la nueva comunidad imaginada, el discurso nacionalista las incita a desear su subjetividad mientras las aleja de la realización de la misma (Lehman 1994:183).

La pertenencia de clase es aún más decisiva para la clasificación de individuos disidentes como locos. Al decir de Lesser (2004:1) “ninguna familia ‘decente’ tenía locos internados”, es decir, “no había locos ricos” ya que la locura y su consiguiente escándalo en la élite debían ser encubiertos en la lejanía de las quintas o estancias, o silenciados en los claustros de los conventos. Por lo tanto, el registro oficial de dementes en la colonia incluye solamente a los locos pobres y urbanos, ya que los locos pobres y rurales generalmente morían de hambre y desamparo, mientras los locos ricos (urbanos o rurales) no existían oficialmente.

Las definiciones de locura varían de acuerdo a cada caso, pero también es distinto quién establece el diagnóstico, es decir, quién nombra a los locos. Locura es un término emotivo, cargado con significados, recuerdos, mitologías. En estudios de género modernos, la locura femenina ha sido estudiada y puesta en contraste con el sufrimiento, la subordinación y los discursos misóginos que regulan la vida de hombres y mujeres (ver Ussher 1991:288ss.).

En la clase alta rioplatense, son ante todo las familias quienes deciden y diagnostican la insalubridad mental de sus miembros. En algunos casos de niñas díscolas pertenecientes a familias patricias, bastaba con el dictamen de la autoridad paterna para la reclusión de las muchachas en una celda conventual. En el caso de mujeres casadas, era ante todo la autoridad de un médico quién estipulaba la necesidad de reclusión en la propiedad rural de la familia hasta la “normalización” de los “humores” femeninos. En el Río de la

Plata colonial, por ejemplo, en el Montevideo de 1769, tres de cada 10 mujeres internadas por causas psíquicas han recibido el diagnóstico de “melancolía”, la cual, a su vez, está provocada según los conocimientos médicos de la época, por un exceso de bilis negra (ver referencia en nota de pie número 2).⁴

La reclusión que la clase privilegiada hace de sus propias locas es, para Lesser, una señal de la privatización (o silenciamiento) de la locura que ocurre solamente en la élite porteña (2004:3). Para la sociedad colonial española, el amor es un desvío de las reglas endogámicas de planificación de alianzas matrimoniales dentro del mismo grupo social. Al producirse la rebelión, las jóvenes eran “depositadas” en los conventos; en Buenos Aires, por ejemplo, el lugar favorito de reclusión de jóvenes patricias insubordinadas era la Casa de Ejercicios Espirituales, administrada por monjas. “De algún modo, los jóvenes eran catalogados como dementes precoces, dementes a medias con fuertes trastornos en su naturaleza afectiva” (Lesser 2004:3).⁵ Ese será también el provisorio destino de la adolescente Mariquita.

La protagonista y su construcción historiográfica

En la historia de esta mujer, la multiplicidad de nombres con que se la nombra puede ser revelador de los numerosos roles que asumirá en su vida pública y privada. Sus padres la bautizan como María Josefa Petrona de Todos los Santos Sánchez de Velazco pero será conocida históricamente como Mariquita Sánchez de Thompson, Mariquita Sánchez de

⁴ Como anota Lesser (2004:3), refiriendo a Foucault y su historia de la locura, la doctrina de los humores aplicada a la demencia implica la ilusión de una locura ya dada en la naturaleza de los individuos y sin relación al contexto social; por lo tanto, la demencia se considera inevitable e irreparable.

⁵ Hay que mencionar que también las prostitutas porteñas eran internadas en una Casa de Corrección de Mujeres, la cual contaba incluso con un calabozo con cadena y cepo para “corrección” de las más furiosas (Lesser 2004:3). Los pecados sexuales de las criollas urbanas se castigaban, por otra parte, con su reclusión en el asilo de Huérfanas de San Miguel (Sáenz Quesada 1995:76), también bajo el control de la iglesia católica.

Mendeville o Mariquita Sánchez de Thompson y Mendeville.⁶ Siempre ligado a su condición de dama patricia y a su accionar patriótico, el nombre de Mariquita Sánchez estará inevitablemente relacionado en la historia argentina a la transgresión social y, por lo tanto, a la atribución de su independencia personal a diversos grados de locura o de inestabilidad emocional o psíquica.

Hija única y por lo tanto única heredera de la prosapia y del patrimonio familiar tanto de su padre, Cecilio Sánchez de Velazco (comerciante español arribado a Buenos Aires en 1771) como de su madre, Magdalena Trillo (criolla de gran fortuna, heredada de su primer marido), Mariquita será educada, en parte, en los principios de la tradición colonial española, pero no podrá sustraerse a la plena emergencia del atractivo ideario de la Ilustración en el Buenos Aires de fines del siglo XVIII (Sáenz Quesada 1995:20-21). Seguiremos su biografía en apartados posteriores a partir del análisis de las diferentes etapas de “locura” de su vida privada y accionar público, simbiosis ésta con la que también llenará “muchas páginas de la pequeña historia” (Sosa de Newton 1986:577).

La historiografía tradicional suele presentar a Mariquita como una mujer contradictoria, a la vez frívola, audaz, y bastante superficial pero lo suficientemente representativa como para convertirse en símbolo de la mujer argentina histórica, sobre todo y, al decir de una de sus biógrafos, “por la brillantez de su desempeño y la franqueza de sus actitudes” (Sosa de Newton 1986:577).

Como figura histórica, Mariquita es multifacética y, al decir de Rogelio Alaniz (2008), no es exagerado afirmar que la historia de la independencia y organización nacional argentina podría escribirse mediante su biografía. Es innegable que son los privilegios de clase propios de su condición patricia los que posicionarán a Mariquita Sánchez en el centro de los acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, los historiadores contemporáneos insisten en remarcar que, aunque patricia, Mariquita nunca fue una oligarca y que es necesario estudiar su vida y sus escritos en el

⁶ Sin embargo, para los nietos, siempre será “Mamita Mendeville” (Sáenz Quesada 1995). En este artículo la llamaremos, simplemente, Mariquita Sánchez.

contexto histórico y social en el que le tocó actuar. Las contradicciones en la vida de Mariquita solamente se entienden dentro de su propia conciencia de clase. Por lo tanto, como advierte Alaniz (2008), ignorar o desestimar la relevancia de su pertenencia de clase es, simplemente, desconocer la identidad cultural y social de la revolución porteña de 1810.

En palabras de Soledad Vallejos (2004, fuente electrónica), la multifacética figura historiográfica de Mariquita podría caracterizarse como:

(...) una fina cronista con buena memoria y conciencia de la proyección histórica que podían tener sus escritos (más o menos privados) y capaz, de todas maneras, de ser deliciosa y políticamente incorrecta; también una mujer política hecha y derecha que operaba entre bambalinas con tácticas retóricas agudas y ambiciones propias; una intelectual afrancesada que nunca conoció París y bien merece trascender, además, como escritora; una viuda casada en segundas nupcias, madre de cinco hijos y activista a favor de la educación de las mujeres, aún cuando sostener esa necesidad la llevara a enfrentarse [hasta] con [Domingo F.] Sarmiento.

Las locuras de Mariquita

Además de herencia y deficiencia mental, la principal causa de “pérdida de la razón” en la sociedad sudamericana de la época era la influencia del medio ambiente, a veces como causa directa, a veces como detonante de la locura. También llamadas “circunstancias de la vida” en la literatura de principios del XIX, estas potenciales causas de insalubridad mental –sobre todo si afectaban a las mujeres- serán casi morbosamente identificadas, escrutadas e interpretadas por la sociedad concomitante como síntomas de una alienación inevitable. Siete son los escenarios seleccionados aquí para analizar los vínculos entre racionalidad, locura e identidad de género en la vida de Mariquita Sánchez, especialmente hasta su partida al exilio en 1837, así como el rol de la sociedad, primero colonial y luego patriota, en el diagnóstico y censura de sus “desórdenes” o transgresiones a su rol de género.

1. Locura adolescente: el convento y la primera “pérdida de la razón”

Sobre la pared de una de las celdas de la Casa de Ejercicios Espirituales en el barrio porteño de Constitución, se lee en una placa de bronce “Aquí estuvo reclusa Mariquita Sánchez, por desobediencia a sus padres” (ver Camarasa 2008). Se ha mencionado anteriormente que la “clausura”, como método de represión de las mujeres “fuera de toda razón”, era un procedimiento común en la sociedad colonial para el disciplinamiento y corrección de las mujeres díscolas, las esposas descarriadas y las muchachas rebeldes, como Mariquita por ejemplo, al mandato paterno (Zavalía Lagos, referido en Sáenz Quesada 1995:32-33; ver también Gálvez 2001).⁷

Mariquita sufre las primeras acusaciones de pérdida de la razón cuando al cumplir 14 años, y de acuerdo a los usos de la época y de su clase social, su padre la compromete con un pariente del primer marido de su madre, Magdalena Trillo; esto, a pesar de la mala fama social del candidato y de que Mariquita anuncia su preferencia por su primo segundo, Martín Jacobo Thompson. En plena ceremonia de compromiso, Mariquita denuncia ante el enviado del virrey la intención de su padre de casarla en contra de su voluntad y demanda judicialmente su derecho a ejercer su voluntad. Este proceso legal demorará tres años durante los cuales Mariquita será literalmente depositada en un convento para “dominio” de su voluntad, mientras Martín será confinado a una guarnición militar, primero en Montevideo y luego en Cádiz. El claustro religioso para las mujeres, el militar para los hombres: ambos espacios

⁷ Otro interesante ejemplo digno de estudios más profundos es otra heroína de la Independencia argentina y boliviana, Juana Azurduy, quien también será internada en un convento al sufrir síntomas depresivos y apáticos después del fallecimiento de sus padres. Juana, de diecisiete años, será reclusa en el Monasterio de Santa Teresa por decisión de sus tíos, convento carmelita donde Juana “recibirá la educación y el prestigio social adecuados para un matrimonio conveniente” y donde “se intentará, frustradamente, domar los desvíos, anular las tentaciones de la vida aventurera con las que sueña la joven” (Batticuore 1998:21). La hasta entonces retraída Juana descubrirá la completa biblioteca conventual y, exaltada, cuestionará el orden eclesiástico y social vigente, hasta su casi expulsión del convento un año más tarde.

propios de la sociedad colonial para la represión de audacias o transgresiones y la redención de culpas sociales, según la terminología foucaultiana. Como menciona Lesser (2004; cf. Gálvez 2004), estas maniobras de encubrimiento de los sujetos con voluntad propia, refuerzan la íntima relación entre amor y locura, ambos estados emocionales y psíquicos entre la normativa y la marginalidad social.

Al mismo tiempo, los conocimientos médicos de la época remarcan la vulnerabilidad mental de las mujeres jóvenes, especialmente en el momento de su primera menstruación y recomiendan su reclusión durante la pubertad (entre los 13 y 15 años), opción muy favorecida por los padres de la sociedad colonial quienes procuran de esta manera evitar embarazos indeseados, fugas del hogar u otras desobediencias más significativas (cf. Ripa 1990:50-51). Al osar iniciar un “juicio de disenso” contra su propio padre, la adolescente Mariquita, en consecuencia, deberá enfrentarse no sólo a su progenitor sino también a la censura de la sociedad colonial, adelantándose, en los hechos, por lo menos cien años al debate sobre la “patria potestad” y la ley de familia y herencia argentina. Al morir su padre Cecilio en 1802, Mariquita continuará el pleito, ahora desafiando a su madre, también opositora a su matrimonio con Martín.

Los novios resumen su causa en un documento donde la pluma de Mariquita es evidente y hacen una presentación judicial ante el virrey invocando su derecho a decidir su propio destino. Esta causa, aparentemente de carácter personal, se inscribe en uno de los grandes temas jurídico-sociales que debatía la sociedad de fin de siglo. La cuestión del casamiento con el o la elegida por el corazón –y ya no por la autoridad paterna- se plantea dentro de una nueva sensibilidad filosófica y política ante el matrimonio: esto es lo que Sáenz Quesada denomina “la revalorización del amor de la pareja por encima de los intereses del grupo de familia” (1995:33). Los argumentos invocados por Mariquita y Martín en su escrito reivindicar los principios liberales de la Revolución Francesa (individualismo, secularismo, igualdad) y escandalizan a la sociedad colonial porteña por su inusitada modernidad.

Un buen ejemplo del pragmatismo moderno de Mariquita se evidencia en 1804 cuando le solicita al virrey que, al llamarla

para darle su última resolución, lo haga sin convocar la compañía materna ya que "(...) las lágrimas de madre quizás me hagan decir no sólo lo que quiero salir [sic], pero que no quiero casarme; así se me sacará a depósito aún cuando llegue a decir uno y otro" (en Sáenz Quesada 1995:36). De esta manera, y con sólo 17 años, Mariquita sienta un importantísimo precedente judicial, ya que a partir de su caso, solamente los demandantes (o sea, los novios) serán llamados ante el virrey, desestimándose así la autoridad materna sobre este asunto.

Finalmente, el virrey Sobremonte comprueba en su dictamen que ningún obstáculo físico ha menguado la voluntad de los jóvenes y, en una decisión única para la época, accede a su petición. En consecuencia, "la voluntad de la Corona [ha] de imponerse a las corporaciones y clanes familiares" (Sáenz Quesada 1995:38). Finalmente, Mariquita Sánchez y Martín Thompson se casarán en 1805.

La rebelión adolescente de Mariquita Sánchez contra la autoridad paterna encarna la subversión del modelo de familia patriarcal pre-burguesa, basada en la obediencia y la disciplina, imprescindibles para la supervivencia de la sociedad jerarquizada. Como remarca Vallejos (2004), al rebelarse contra la autoridad paterna (y luego, la materna) Mariquita está haciendo, en realidad, una declaración de principios: que las causas privadas son un asunto público. Esto le valdrá no sólo el escándalo sino también una victoria doble: el permiso para casarse con el hombre de su propia elección y un lugar propio –aunque entre sombras– en los asuntos políticos del Río de la Plata.

Aunque este no fue el único pleito entre jóvenes y progenitores en la época, el caso de Mariquita y Martín tiene una repercusión especial, quizás sobredimensionada por los acontecimientos políticos de los años venideros y la actuación de la pareja en ellos. Por ejemplo, los recién casados serán activos protagonistas de la resistencia contra las invasiones inglesas al Río de la Plata en 1806 y 1807. Mariquita atestiguará en sus escritos posteriores su ambivalencia entre, por una parte, la fascinación por los uniformes, elegancia y disciplina británicos y, por la otra, las ansias de recuperar Buenos Aires y actuará en consecuencia. Martín, por su parte,

en su nuevo rol de capitán a cargo del puerto de Buenos Aires, desempeñará un importante rol en la reconquista de la ciudad (ver Sáenz Quesada 1995:44-45). A partir de entonces, sus nombres serán sinónimo de lucha patriótica.

Cuando apenas un par de años más tarde la revolución de mayo de 1810 se cristaliza en una nueva junta autónoma de gobierno patrio, la pareja de Mariquita Sánchez y Martín Thompson ya ha cobrado un romántico carácter legendario. El cronista Jorge Camarasa lo resume muy bien al decir que “fue una especie de versión rioplatense de Romeo y Julieta, una lucha contra las costumbres de la época, en la que al final la pasión prevaleció sobre la hipocresía” (2008, fuente electrónica, basado en Gálvez 2004). Como se expone en el siguiente apartado, el rol de esta pareja en los sucesos que llevaron a la independencia argentina consolidará definitivamente el mito de su amor a prueba de convenciones, guerras y revoluciones.

2. Locura revolucionaria: el himno nacional y el salón

Mientras la situación política se complica cada vez más en el Río de la Plata, es difícil seguir los pasos de Mariquita porque, como afirma Sáenz Quesada:

Sólo una que otra mujer quebraba por entonces el monopolio masculino de la escena pública (...) pero no hay duda que la tertulia de los Thompson figuraba entre las más acreditadas de la capital virreinal, tanto por el ingenio de la dueña de casa como por la afabilidad del esposo (1995:48).⁸

Los salones de la aristocracia porteña eran espacios privados donde se celebraban reuniones patrióticas bajo un velo de sociabilidad. Caracterizados como tertulias femeninas, estos salones reafirmaban el orden patriarcal y la actividad femenina reservada a los espacios y roles domésticos, principalmente el

⁸ Entre los salones frecuentados por la élite porteña, el de Escalada reunía a los más elegantes, el de Riglos a los extranjeros, el de Melchorita Sarratea a los conservadores. Pero el prestigio del salón de los Thompson adquirió dimensiones míticas por la hospitalidad de sus anfitriones (ver por ejemplo Sáenz Quesada 1995:76).

hogar y la maternidad.⁹ Danzas, abanicos, banderas y fusiles eran el contexto en el que, según Calvera, se elaboraban los planes, símbolos y herramientas para la independencia (1994:168-169). El salón de Mariquita Sánchez en la calle Unquera (o del Empedrado), hoy Florida, será el centro de las discusiones y preparativos patriotas de numerosas personalidades y viajeros que, “atraídas por la hospitalidad graciosa y espiritual de la dueña” debatirán allí mismo desde problemas políticos delicados hasta temas literarios. El carácter ilustrado de la dueña del salón será remarcado por los testimonios de contemporáneos, especialmente visitantes extranjeros, como una anomalía del carácter femenino y una extravagancia más de la criolla Mariquita (ver Sosa de Newton 1986:578; cf. Gálvez 2001).

La historia oficial argentina conmemora permanentemente que el 14 de mayo de 1813 se cantó el himno nacional por primera vez en el salón de Mariquita Sánchez. La leyenda indica, incluso, que ella acompañó al compositor y pianista Blas Parera tocando el arpa. Recientes investigaciones históricas demuestran que, en realidad, lo que se cantó en ese salón y en esa fecha fue una “Marcha Patriótica” de 19 cuartetos la cual, además, ya había sido estrenada el 1 de noviembre del año anterior por los escolares del Cabildo de Buenos Aires.¹⁰ El clásico óleo de Pedro Subercasseaux (ver ilustración 2) que retrata a Mariquita cantando el himno argentino en su salón y que aún es la imagen oficial de este acontecimiento en los textos escolares argentinos, deviene, entonces, más en una reconstrucción artística del mito fundacional de la república que en una imagen con fundamento histórico.

⁹ En este período, nacen los cinco hijos de Mariquita y Martín: Clementina (1807), Juan (1809), Magdalena (1811), Florencia (1812) och Albina (1815). En ningún caso existe evidencia de depresión post-parto en las fuentes, al menos no con síntomas que se hayan relacionado a la locura en esa época. Ver, por ejemplo, Sáenz Quesada 1995:47-48. Cf. Ripa 1990:53-54.

¹⁰ Además, no será sino hasta el 30 de marzo de 1900 cuando el presidente Julio A. Roca decretará la reforma del texto original de Vicente López y Planes (la música de Blas Parera será reformada recién en 1929) con la reducción de los 64 versos originales a solamente 12. Por lo tanto, en su versión actual el himno nacional argentino se compone solamente de la primera y última cuarteta más los cuatro versos del coro de aquella Marcha Patriótica que se había cantado –aunque no estrenado– en el salón de Mariquita en 1813 (ver Buch 1994:180-181; cf. Bertolini 2007).

La historia de este óleo está directamente relacionada a la construcción del panteón nacional argentino en tiempos del Primer Centenario de la Independencia Argentina. A principios de 1900 el Museo Histórico de Buenos Aires le había encargado a Subercasseaux una pintura de temática histórica y el pintor, sensible a los mitos originarios de la nacionalidad, elige esta escena como símbolo máximo del nacimiento de la patria. De esta manera, la obra de Subercasseaux fortalecerá la tradición o mito sobre el rol de Mariquita en este suceso. Es importante remarcar, sin embargo, que el clásico cuadro de Pedro Subercasseaux sella la contundente división de los espacios de género: las mujeres, puertas adentro y los hombres en el campo de batalla u otros espacios públicos (Vallejos 2004). Pero, como advierte Alaniz (2008), ya el hecho que Subercasseaux haya “inventado” esta escena con Mariquita en el centro, es de por sí un testimonio de la importancia de esta patricia en la vida social porteña de principios del 1800, así como del rol que su salón tuvo en el desarrollo de los grandes sucesos que llevarían a la independencia argentina.

La situación política del momento es muy precaria, tal como lo demuestra por ejemplo la carta del embajador británico Lord Strangford cuando en 1813 le hace saber al gobierno de Buenos Aires “lo loco y peligroso de toda declaración de independencia prematura” (ver, por ejemplo, Rodríguez 2000). Por lo tanto, es urgente consolidar la imagen exterior de la nueva patria mediante símbolos propios y sencillos, fáciles de reproducir y de popularizarse en todo el territorio nacional. Mariquita contribuirá notablemente en esta acción, diseñando y cosiendo las nuevas escarapelas para los ejércitos revolucionarios, bordando banderas de guerra y difundiendo la nueva canción nacional en su ya legendario salón. Esta pasión revolucionaria le ganará la admiración de algunos y la crítica de muchos, a tal grado que Mariquita expresará en su correspondencia el temor a que tanta censura social culmine en un nuevo confinamiento o reclusión en un asilo (cf. Sánchez 1952 y Rodríguez 2000).¹¹

¹¹ A partir de la revolución patriótica de 1810, se fundarán nuevas instituciones para el control de –en terminología de la época- los “inestables mentales”. Estas serán creadas, sucesivamente ,a imitación de los modelos europeos vigentes en la primera mitad del siglo XIX, a saber: manicomios privados, asilos

La pasión femenina por la revolución era comúnmente atribuida en esta época a un estado emocional e impulsivo; las adhesiones femeninas a la causa patriótica se explicaban, entonces, más por el sentimentalismo atribuido a la identidad femenina que por una decisión racional de las mujeres. La capacidad de agentes de su propio destino les es negada, por ejemplo, en un “Bando de la Junta Gubernativa a los cuerpos militares de Buenos Ayres” de 1815 que remarca el “entusiasmo” de las damas que “arrastradas por una sensación [tan] vehemente como extraordinaria” apoyan la causa revolucionaria bajo múltiples disfraces (citado sin datos bibliográficos en Calvera 1994:168). En este contexto, los temores de Mariquita a que su pasión patriótica se confunda con falta de razón, no parecen infundados.

Sin embargo, su mayor transgresión durante este período parece haber sido su socialización activa a través de las barreras de género (aunque no las de clase), todo un síntoma de pérdida de razón para la moral de la época. La amena y solidaria relación entre la veinteañera Mariquita y los grandes hombres de la independencia argentina (entre otros, Bernardo de Monteagudo, Manuel Belgrano, José de San Martín, Carlos María de Alvear, así como literatos, filósofos, pintores y científicos) ha quedado registrada en su numerosa correspondencia y crónicas cotidianas (Sánchez 1952; Sánchez 2003). Lo transgresor de la activa participación de Mariquita en esta patricia y exclusivamente masculina red social, es que parece quebrar la normativa homosocial de la élite de principios del siglo XIX. Al legitimarse en los hechos como interlocutora válida e ilustrada, provocará el reconocimiento, si no social al menos masculino, de su figura como una compañera de armas y pensamiento entre los hombres de la independencia (ver Rodríguez 2000).¹²

de caridad y asilos estatales (cf. Busfield 1996:123ss. y Ripa 1990:88-137). Es de suponer que Mariquita, por su posición de clase, hubiera podido ser internada en los primeros.

¹² Los protagonistas masculinos de la revolución siempre describen a Mariquita en un ligero tono enamorado, que ella, a pesar de su fama de frívola y coqueta, parece menospreciar o, al menos, ignorar. Años más tarde, afirma quejosa en una carta a Matilde Capdevila de Calvo que “temo tanto el ridículo y la pedantería que los hombres nos prodigan a las pobres mujeres con tanta facilidad (...)” (Sánchez 1952; también citada en Sáenz Quesada 1995:58).

3. Locura conyugal: Martín y la irracionalidad ajena

Durante los sucesos revolucionarios de Mayo de 1810, Martín Thompson había participado como miembro de la Sociedad de los Siete (según Canter, referido por Sáenz Quesada 1995:50) y Mariquita como donante y recolectora de donaciones para la causa patriótica. Estos angustiosos momentos serán recordados con amargura por Mariquita cuando, anciana, en una carta a su hija Florencia escrita en 1852 le explique que sufre "(...) no pudiendo en mi interior dejar de sentir la humillación y envilecimiento de mi país, ¡yo que vi nacer su libertad y pasé por tanto susto con tu pobre padre!" (Sánchez 1952; también citada en Sáenz Quesada 1995:51).

Mientras otros patriotas se vuelcan al extranjero buscando candidatos para el trono local, Martín Thompson no se resigna a dejar de luchar por la revolución a ultranza y se niega a aceptar alianzas de este tipo.

Martín participó en reuniones secretas, intrigó, conspiró y en algún momento estuvo dispuesto a jugar su vida en defensa de la revolución. Mariquita lo acompañó y estuvo siempre a su lado (Alaniz 2008).

Excepto, quizás, cuando Martín fue designado embajador en los Estados Unidos de América, el primer país que reconoció la independencia argentina en 1816, y deba viajar a su nuevo destino pero sin la compañía de su esposa. Thompson, un marino más de pluma que de espada según sus propios contemporáneos, no podrá sobrellevar las adversidades políticas sufridas en Washington D.C. ni la oposición de sus compatriotas, quienes se hallan sumidos a luchas intestinas en la capital porteña. Estas vicisitudes afectarán su delicada salud psíquica y en 1817 se confirma el diagnóstico médico de "desarreglo mental". En toda Sudamérica se comenta su enfermedad como un ejemplo del pésimo manejo de las relaciones exteriores de la incipiente nación, y el escándalo político no tarda en estallar (Sáenz Quesada 1995:71-73).

Desde los Estados Unidos, la locura de Martín es atestiguada por sus acompañantes en la correspondencia que mantienen con Mariquita, quien, desde Buenos Aires, organiza el retorno

de su mentalmente perturbado esposo, instruyendo el ocultamiento de su falta de juicio:

Cuidado que no lo traigas vestido como loco, sino como yo lo vestía cuando estaba aquí bueno. En nada Joaquín quiero que se lo trate como loco sino como mi marido (carta al ayudante de Martín citada en Sáenz Quesada 1995:72-73; también en Zavalía Lagos 1986:28).

Mariquita proyectará, entonces, su rol materno en Martín, al que considera casi como un sexto hijo (ver Sánchez 1952).

Pero a pesar de las instrucciones casi maternas de Mariquita, Martín, sin asistencia médica, muere en 1819 en ultramar y su cuerpo es arrojado al mar. La noticia le es comunicada a Mariquita varios meses después, al tocar el barco puerto en Buenos Aires. Pero para entonces ya tenía Mariquita otra pasión en marcha.

Para la sociedad de la época, la locura adulta de Martín resultaría en una confirmación más del desorden psíquico juvenil que, compartido con Mariquita, le había llevado a desafiar al orden colonial familiar. Su joven viuda, mientras tanto, quedará para siempre bajo sospecha de “carecer de buen juicio” ante la sociedad republicana que juzgará duramente todas sus acciones, especialmente las públicas.

4. Locura francesa: Mendeville y el sufrimiento

Durante la primera mitad del siglo XIX, la incipiente psiquiatría tenía entre sus postulados la afirmación del matrimonio como garantía de estatus social y, en consecuencia, de seguridad emocional, especialmente para las mujeres. La soltería femenina, por lo tanto, se suponía acentuaba el riesgo de desórdenes mentales, especialmente en el caso de madres solteras. Sin embargo, tres diferentes situaciones podían alterar el equilibrio doméstico y, con ello, la salud mental de las madres de familia: el deterioro de su relación conyugal (en especial, el adulterio), cambios dramáticos dentro de la familia (por ejemplo, una viudez repentina) y empeoramiento de la situación socioeconómica familiar (especialmente manifestada en peniafobia) (ver Ripa 1990:62ss.). ¿Cómo afectarán estos factores a Mariquita Sánchez en su nuevo matrimonio?

Juan Bautista Washington Mendeville (1793-1863), francés expatriado que llega a Buenos Aires en 1818, iniciará poco tiempo después un romance con Mariquita —a la sazón separada *in corpus* de Martín Thompson desde enero de 1816. Al enviudar Mariquita, se casará con Mendeville en 1820 en una ceremonia muy discreta. Pero el escándalo social es inevitable ya que, por una parte, el tiempo convencional del luto legal de nueve meses aún no se ha completado y, por la otra, su nuevo marido es cinco años menor que Mariquita, lo cual escandaliza a la pacata sociedad porteña. La loca republicana ha vuelto a hacer de las suyas...

El hogar de los Mendeville será a partir de 1820 y hasta 1837 el centro obligado de la sociabilidad para todo extranjero que pase por Buenos Aires. Una vez más, Mariquita y su cónyuge son descriptos por los testigos de la época como angelicales anfitriones que amparan paternal y maternalmente a todos los forasteros que los frecuentan (Sáenz Quesada 1995:83). Es en este período cuando Mariquita consolida su fama de frívola y superficial, al introducir novedades europeas en las costumbres sociales locales, tales como el uso de abrigos de piel, la porcelana inglesa en vez de la platería española, el tapizado de las paredes, etc. Cuando años más tarde Mendeville sea designado el primer cónsul francés en el Río de la Plata, Mariquita —quien siempre apoyará a su marido en ésta y toda empresa que él se proponga— cederá incluso parte de su casa paterna como local para el consulado. Tanta actividad social y cultural originará el decrecimiento del patrimonio familiar, ya de por sí debilitado por la falta de nuevas fuentes de ingresos.

La pareja tuvo tres hijos¹³ pero, a pesar de tanta vida social en común, nunca fue un matrimonio feliz, según el testimonio de la misma Mariquita en su carta del 27 de mayo de 1863 a Juan Bautista Alberdi, su abogado en el proceso de sucesión:

He hecho con mi marido acciones más que heroicas. Dos veces ha estado su consulado en el suelo; yo lo he levantado mil veces, [por] su locura hubiéramos estado en el fango y mi prudencia y paciencia lo tapaba todo. No le he dado [ni] un disgusto, [aunque sí] mi fortuna a manos llenas. Conocí a este hombre [como] el más infeliz, había venido por un desafío desgraciado y confiado en tomar servicio aquí. Pero las

¹³ Julio, Carlos y Enrique, este último nacido en 1825 (Sáenz Quesada 1995:94).

circunstancias lo aterraron y se vió reducido a dar lecciones de música. Yo no tenía más voluntad que sus caprichos (Sánchez 1952:359).

La conducta de Mendeville ocasiona conflictos amorosos y luego litigios económicos entre los cónyuges, provocando su separación, pero “disimulada por las funciones diplomáticas del marido fuera del país” (Sosa de Newton 1986: 578). El matrimonio con Mendeville también le acarrea problemas políticos a Mariquita, sobre todo cuando, a partir de 1832, el que fuera su amigo de la infancia, Juan Manuel de Rosas, Gobernador de Buenos Aires con facultades extraordinarias, en pleno conflicto con Francia por los derechos aduaneros, le reclamara en una carta: “Conocí antes a una María Sánchez buena y virtuosa federal. La desconozco ahora en el billete con tu firma que he recibido de una francesita parlanchina y coqueta”. A lo que Mariquita responde:

No quiero dejarte en la duda de si te ha escrito una francesa o una americana. Te diré que desde que estoy unida a un francés, he servido a mi país con más celo y entusiasmo (...) En tu mano estará que yo sea americana o francesa. Te quiero como a un hermano, y sentiría que me declararas la guerra (citado en Camarasa 2008).

Los conflictos entre los antiguos amigos se profundizan cuando Mariquita toma partido por la oposición a Rosas y, apelando a su rol materno y pertenencia de clase, intentará publicar incendiarias e irónicas sátiras que serán inmediatamente censuradas por el régimen por “insanas” y “fruto de una mente desquiciada” (Sánchez 1952). Finalmente, en 1837, cuando acosada por la censura y el ostracismo social al que se condenaba a todo sospechoso de “afrancesamiento” en este período, Mariquita pida su pasaporte para exiliarse en Montevideo, Rosas le escribirá en una escueta esquila adjunta al documento: “¿Por qué te vas, Mariquita?” Una vez más, la masculinidad hegemónica dejará huella escritural de su desconcierto ante la supuesta irracionalidad de los actos femeninos de resistencia y rebelión.

5. Locura filantrópica: la Sociedad de Beneficencia

Mientras residen en Buenos Aires (1820-1837) los Mendeville son activos promotores de las artes –como por ejemplo la fundación de la Sociedad Filarmónica- y contribuyen a proyectos de acción social y beneficencia bajo el gobierno de

Bernardino Rivadavia (ver ejemplos en Sáenz Quesada 1995:83-85). Pero si bien las mujeres patricias apoyaban la acción del gobierno con su mecenato a las artes, “ellas tuvieron un papel mejor definido en la cosa pública gracias a la creación de la sociedad de Beneficencia” (Sáenz Quesada 1995:86).

Cuando en 1820, durante el gobierno de Bernardino Rivadavia¹⁴, se crea la mencionada sociedad, Mariquita es designada su primera directora. Para la época, esto es no sólo una novedad sino también motivo de escándalo ya que, en primer lugar, según las familias conservadoras esta medida es un ataque anticlerical ya que se opone a las obras de caridad organizadas por la iglesia católica. En segundo lugar, es la primera vez que una mujer se hace cargo oficialmente de una función pública (Sáenz Quesada 1995:86-88). ¡Solamente una loca arriesgaría su reputación y buen nombre aceptando esta designación! Porque, como recuerda Alaniz (2008), aunque el nombre de la nueva Sociedad de Beneficencia suene anacrónico, el hecho de que se le otorgara oficialmente a una mujer un rol distinto al de esposa y madre, ya constituye una verdadera revolución en los roles de género imperantes. En consecuencia, varias de las damas patricias convocadas por el presidente Rivadavia no aceptan la propuesta con diferentes excusas. Pero Mariquita no le teme a estos retos y, para sustituirlas, recurre a las jóvenes asistentes a su salón de invierno. De esta manera, selecciona y dirige a las trece socias fundadoras de la sociedad a la vez que organiza la beneficencia – que hasta entonces ha estado exclusivamente en manos de la iglesia católica- en una nueva acción secular y estatal (Meyer, referido en Sáenz Quesada 1995:87-88).

Mariquita, acusada siempre de dejar que la impulsividad y la pasión tomen el lugar de la razón, encontrará en esta organización el escenario perfecto para desempeñar su rol público y transgresor. Como la Sociedad de Beneficencia tiene a su cargo, entre otras funciones, el cuidado de huérfanos y huérfanas, Mariquita la utilizará para la implementación de sus ideas sobre la libertad de elección de cónyuge en la resolución de los matrimonios de las huérfanas. Sus revolucionarias ideas

¹⁴ Como señala Sáenz Quesada, Rivadavia –con todas sus limitaciones y errores – quizás fue el único político argentino de la primera mitad del siglo XIX que trató de concretar acciones favorables a la mujer (1995:89).

educativas se expresan en el debate sobre la posibilidad de aplicar el sistema Lancaster de enseñanza mutua –ya utilizado en la educación de varones– en las nuevas escuelas de niñas que quedan a cargo de la Sociedad. Mariquita, acostumbrada a hacer cumplir su voluntad y a ignorar los comentarios sobre su falta de juicio, manejará estos y otros asuntos de beneficencia con mano de hierro y hará pocas concesiones a las quejas de los sucesivos gobiernos y de sus contemporáneos. Elegante, bromista, irónica y liberal, esta dama patricia se ganará nuevos adversarios y adversarias que no temerán cobrarse viejas cuentas cuando Mariquita sufra las críticas del dictador Rosas a partir de 1832 (Sáenz Quesada 1995:89 y 102-103; ver apartado anterior nro. 4).

Sin embargo, como constata Sáenz Quesada, durante la gestión de Mariquita la Sociedad deviene, en la práctica, una escuela de acción pública y solidaridad para esas mujeres de clase alta, habituadas a la seguridad de su domesticidad. Los debates entre las trece socias, entonces, son un excelente espacio para el aprendizaje de respeto a la disidencia y de trabajo en conjunto. Mariquita “estaba habituada a manejarse por cuenta propia, a destacarse, a brillar” pero supo “aprender a comportarse de un modo más solidario” en sus años maduros (Sáenz Quesada 1995:105). La función pública, entonces, devendrá en escuela y escenario político para los proyectos sociales de esta creativa patricia.

6. Locura letrada: la escritura

En lugar de ocuparse de la administración de su fortuna (una ocupación racional y, por lo tanto, reservada a los hombres), Mariquita Sánchez invertirá considerable tiempo y energías en la comunicación escrita con sus contemporáneos. En primer lugar, su escritura se limitará a su correspondencia con sus admiradores, luego establecerá una activa relación epistolar con parientes y amigos de Europa y de América, escribirá un diario, recopilará sus recuerdos en un libro y, simultáneamente, redactará centenares de notas educativas y sociales en sus roles alternativos de presidenta y secretaria de la Sociedad de Beneficencia (Zavalía Lagos, referido en Sáenz Quesada 1995:24-26).

La relación entre mujer y escritura política o literaria en la independencia argentina ha sido escasamente estudiada. Las crónicas de las invasiones inglesas en 1806 y 1807 y, más adelante, de las guerras de independencia son, al mismo tiempo, biografías que muestran el paralelismo entre la historia del proceso revolucionario y la carrera pública de los protagonistas y autores (Tío Vallejo 2004:17ss.). Sin embargo, las compilaciones de los escritos para la época de la transición entre colonia y república independiente —especialmente las compilaciones realizadas por historiadores y academias de historia hasta la década de 1960-, no incluyen a las mujeres ni a sus textos. El presupuesto de que, debido a su género, las mujeres no podían ser militares y, por consiguiente, tampoco cronistas “fieles” de las guerras de independencia ha sido relevado como un mito falso por la investigación histórica de estos últimos veinte años. La historiografía contemporánea, entonces, está intentando recuperar las vidas y testimonios de las mujeres soldados, espías, saboteadoras y hasta comandantes en las luchas contra el poder colonial (ver, por ejemplo, Calvera 1994).

Es sobre todo a partir de 1990 cuando se evidencia la voluntad editorial de recuperar las memorias y crónicas de esas mujeres quienes dan su complementaria versión del impacto y evolución del proceso independentista en la sociedad local y en la élite nacional. Esta iniciativa advierte ante todo “la importancia de aportes acallados o desconocidos”, en palabras de María Esther de Miguel (1998:12) y revela un imaginario colectivo que, a pesar de los años transcurridos, aún no ha sido estudiado genealógicamente desde los estudios de género. Escribir “el lado femenino de la historia” ha sido durante las dos últimas décadas del siglo XX una actividad casi exclusivamente femenina. Sin embargo, en los últimos años hemos visto una preocupación creciente, tanto de hombres como de mujeres, por adentrarse al estudio de la rama femenina de la comunidad patriótica de principios del XIX.

Las mujeres de la élite criolla rioplatense en tiempos de la Independencia tenían acceso a la cultura escrita y pertenecían a la ciudad letrada como consumidoras pero también como productoras de textos impresos (ver Masiello 1992). Sin embargo, el espacio de su producción era conflictivo. Mary Louise Pratt define esta situación a partir de cuatro elementos

contradictorios: el acceso a la cultura de la imprenta (privilegio de su clase social); la denegación del acceso al poder público (una discriminación de género); el acceso y control de la domesticidad (una obligación –para Pratt un privilegio- por su pertenencia de género); y el confinamiento a la domesticidad (una opresión de género) (citada por Lehman 1994:178). Mariquita Sánchez contaba con acceso a la cultura impresa y con cierto acceso al poder público pero aunque mantenía cierto control de su rol doméstico, se negaba rotundamente a ser confinada a la domesticidad propia de su género.

A diferencia de otras escritoras argentinas activas de la segunda mitad del siglo XIX, Mariquita Sánchez no utiliza el anonimato ni el seudónimo en sus escritos, por lo que su posición e identidad en los debates epistolares de la época es evidente.¹⁵ Al decir de Francine Masiello, vemos en la escritura de Mariquita un nuevo valor simbólico en la construcción de la nueva identidad nacional, que se expresa siempre dentro de los límites temáticos típicos de la literatura de mujeres de la época, es decir, la identidad propia, la familia y la sociedad (1992:21-27). Sin embargo, y aunque a su hija Florencia le promete en una carta que “voy a escribir la historia de las mujeres de mi país [porque] Ellas son gente” (Sánchez 2003 citada en Vallejos 2004), nunca lo hace.

Aún así, sus declaraciones sobre la condición femenina siempre provocaron revuelo en la sociedad conservadora. Mariquita se percibe a sí misma como liberal y mundana, y nunca cesa de afirmar en sus escritos que el atraso de la sociedad porteña se debía a tres factores: ignorancia, miedo y la iglesia católica. La modernidad de su propuesta política, por ejemplo, queda señalada cuando en su carta del 1 de abril de 1856 a Esteban Echeverría, Mariquita afirma que

(...) se habla de inmigración como el solo remedio de nuestros males; pero inmigración sin cuidado, sin planes, sin costumbres, sin respeto a la ley, es un arma más y no hay remedio (en Sánchez 1952, citada en Calvera 1994: 174).

En su escritura Mariquita utilizará una vez más su pertenencia de clase como herramienta de trabajo. Su carácter de testigo y

¹⁵ Por contraste, ver los ejemplos estudiados en Gardarsdottir (2001).

protagonista de la Independencia es fundamental aquí. Por ejemplo, sus recuerdos de la sociedad virreinal porteña le serán especialmente solicitados por Santiago de Estrada y luego compilados como breves anécdotas y detalles de la vida cotidiana de una joven de familia y tradición patricia. En cuanto a la apelación a su identidad femenina en la escritura, es necesario recordar junto a Vallejos (2004) que, en su correspondencia con hombres, Mariquita discute y polemiza con ellos en un plano de igualdad intelectual sin utilizar ruegos ni mohines textuales. Sin embargo, es frecuente que Mariquita recurra astutamente a su identidad de género tradicional al firmar sus cartas a las autoridades siempre en su carácter de “madre” (ver ejemplos en Sánchez 1952 y 2003).

Provocativa pero conociendo sus límites, Mariquita Sánchez expondrá sus proyectos sociales y culturales en la escritura epistolar, género reservado para la expresión del sentimentalismo femenino, pero que ella utilizará con maestría evitando todo tipo de melancolía que pudiera interpretarse como debilidad (cf. Ripa 1990:75-79), y combinará reflexión política con experiencia personal al relatar la gestación de la nación.

7. Locura política: la educación de las niñas

Uno de los objetivos principales de un Estado moderno y patriarcal es mantener bajo su control a aquellas mujeres que, por una u otra razón, han entrado en la esfera de lo político. Como señala Yannick Ripa (1990:22ss.), la tendencia es que cualquier señal de rebelión femenina a los modelos políticos imperantes sea calificada como un acto de demencia, incluso en nuestros tiempos. Coerción y censura fueron siempre las prácticas terapéuticas más comunes en la esfera pública para silenciar la disidencia, en especial, la femenina. Lo curioso en el caso de Mariquita Sánchez es que la sociedad de su tiempo asumirá justamente su participación en la función pública y sus ideas políticas como consecuencias de su desequilibrio mental pero, al mismo tiempo, las considerará causas del mismo. ¿Cuáles son, entonces, las obsesiones de esta mujer, imaginada por sus contemporáneos y contemporáneas como psíquicamente susceptible y al borde del abismo?

Como se ha mencionado anteriormente, Mariquita es amiga de la infancia de todos los grandes apellidos en la historia de la independencia argentina y esto legitima su posición privilegiada como interlocutora y confidente de los líderes políticos e intelectuales del nuevo país. Pero aunque, como destaca Gabriela Mizraje (2003:17) “a excepción de la hija, los verdaderos interlocutores de Mariquita son varones” no hay que olvidar que “sus principales desvelos son [las] mujeres”. A lo largo de toda su vida, las principales preocupaciones que se reflejarán en los escritos de Mariquita Sánchez son la libre elección de la pareja, la educación de la mujer y el modo de insertar al sexo femenino en el proceso revolucionario nacional. Una vez más, “el tema de la mujer se confundiría con el del crecimiento de esa patria nacida en mayo de 1810” (Sáenz Quesada 1995:54).

En unos versos dedicados a una amiga, una anciana Mariquita describe la formación recibida por las niñas de su generación: “Nosotras sólo sabíamos / ir a oír misa y rezar / componer nuestros vestidos / y zurcir y remendar” (Sáenz Quesada 1995:26). Es, justamente, contra esta falta de educación para la vida pública y/o el trabajo asalariado de la mujer que Mariquita se rebela y argumenta en sus escritos.¹⁶

Mariquita se preocupa también por la suerte de sus contemporáneas y compañeras de clase social, provenientes de familias adineradas pero destinadas a mendigar medios o pensiones de sus maridos, ex-maridos o del Estado, e imagina una comunidad nacional pero compuesta solamente por mujeres. Al respecto, le escribe a su hija Florencia en 1847:

Si yo no escuchara sino mi corazón y mi gusto, mira lo que haría: nos uniríamos en la casa grande tú y las Larrea, viviríamos como pudiéramos y nos consolaríamos todas juntas. Los árboles de tu casa, comisionaría a M. Picolet de componerme con ellos la huerta. Haríamos un buen gallinero y todo lo arreglaríamos muy bien (...) ¡Si esto pudiera hacerse! Catalina sería la que correría con todo, le daríamos a ella la

¹⁶ El diagnóstico social de la falta de educación de las mujeres como uno de los males fundacionales de la sociedad argentina será retomado durante el siglo XIX por escritoras posteriores a Mariquita tales como Juana María Gorriti o Eduarda Mansilla (ver Gardarsdottir 2001).

plata, ¡qué consuelo para todas! (Sánchez 1952 y 2003; también citada en Vallejos 2004).

En la década de 1830 Mariquita oficiaba ya de gran dama nacional en la escena política y reclamaba con ahínco más presupuesto para la educación moderna (y no la “instrucción” tradicional) de las niñas ya que, como le escribe a su hijo Juan en 1840, está convencida que

(...) es preciso empezar por las mujeres si se quiere civilizar un país, y más entre nosotros, que los hombres no son bastantes y que tienen las armas en la mano para destruirse constantemente (Sánchez 2003; también citada en Vallejos 2004).

El contraste entre los hombres –infantiles, belicosos y destructivos- y las mujeres –maduras, pacificadoras y edificantes-, será una constante en las cartas de Mariquita a la élite educativa argentina. La paradoja es evidente: Mariquita, a quien se ha acusado repetidamente de dejarse llevar por la irracionalidad propia de su sexo, desnudará con precisión las prácticas masculinas destructivas (y fuera de toda razón) de sus contemporáneos.

Años más tarde, al regreso de su exilio y ya viviendo en el país organizado por la constitución liberal de 1853, polemiza al respecto con Domingo F. Sarmiento, a la sazón director general de Escuelas de la provincia de Buenos Aires, y le advierte con ironía en su correspondencia que:

No se empiece a pelear conmigo (...) Le pregunto si en ese depósito hay un lobo, que necesito para mi escuela normal, que quiero organizarla de modo que usted no me murmure (...) Usted es un injusto, no se contenta con la política y los muchachos y quiere pelearse con las mujeres ¡y no sabe usted qué malos enemigos [las mujeres] son! (carta de 1858 en Sánchez 1952 y 2003; también citada en Vallejos 2004).

En febrero de 1852, tras la caída de Rosas en la batalla de Caseros, Mariquita, a la sazón de 66 años, le escribe en tono resignado a su hija Florencia y le confiesa: “Yo nací para ser hombre” (ver Sánchez 1952:251). Esta misma idea se repite en una carta a Alberdi del mismo año donde le explica que:

Mi vida es la de un hombre filósofo por fuerza, más bien que la de una mujer, con la desgracia de tener un corazón de mujer, cabeza de volcán y no tener la frivolidad del sexo para distraerme (Sánchez 1952:254).

La conciencia de su rol transgresor y el carácter revolucionario de su conducta, así como de las limitaciones de su feminidad en el sistema de género imperante, nunca han sido tan evidentes en la escritura de Mariquita Sánchez como en estas cartas. Finalmente, cuando la muerte la sorprende en 1868, la autora aún se encuentra en “plena capacidad intelectual, pues trabajaba y escribía cartas admirables” hasta el último día (Sosa de Newton 1986:578).

Conclusiones: una mujer con cabeza de volcán

“Mariquita fue siempre una gran dama porteña
y nunca pretendió ser otra cosa.

Lo que merece destacarse, en todo caso, son sus rebeldías privadas,
sus transgresiones y su inusual afán por ser una protagonista de la historia”
(Alaniz 2008)

En la vida de Mariquita Sánchez se reflejan las vicisitudes de la historia política rioplatense de la primera mitad del siglo XIX. Independencia y nación son construidas por esta dama patricia tanto en la acción pública como en la escritura. Aunque encasillada por sus contemporáneos y por su propia aceptación del sistema de género propio de su época y de su clase social, Mariquita Sánchez encontrará formas de desafiar la estructura patriarcal, apelando incluso a su feminidad y carácter materno como estrategias de posicionamiento en los círculos de poder y homosociabilidad masculinos del Río de la Plata decimonónico.

Con su presencia y accionar público, Mariquita Sánchez modifica el paisaje social, incorporando a las mujeres a algunos –limitados pero significativos- espacios de poder. Con sus epístolas y crónicas, molestará a sus compañeros de clase social e incomodará a los intelectuales con sus planteos modernizadores y críticos, tanto en temas considerados “femeninos” (tales como la educación de las niñas, por ejemplo) como en temas de “alta política” (el estímulo a la migración, la censura ideológica, la violencia pública, etc.).

En Mariquita Sánchez, pasión y acción forman parte de un mismo movimiento. Sus rebeldías juveniles, su accionar público e incluso su vida privada serán entendidos a veces como síntomas de desequilibrio mental y otras como resultado de

desórdenes psíquicos. Hasta su muerte, ya anciana, esta mujer vivirá bajo la observación y censura permanente de la sociedad patricia rioplatense, quien será implacable contra sus transgresiones. Su figura ha pasado a la historia como un ícono de la lucha por la independencia pero su condición de escritora sagaz y aguda debatora de los asuntos políticos urgentes de la nueva república será ignorada por la historiografía oficial tradicional. La recuperación de la multidimensionalidad de la biografía y textos de Mariquita Sánchez es aún un proyecto inconcluso.



Ilustración 1. Retrato de Mariquita Sánchez (de Thompson), autor desconocido. Fechado ca. 1815.



Ilustración 2. Cuadro de Pedro Subercasseaux "Entonación del Himno Nacional Argentino en casa de Doña Mariquita Thompson", realizado en 1910 por encargo del Museo Histórico Nacional en Buenos Aires, donde el original se encuentra actualmente.



Ilustración 3. Daguerrotipo de Mariquita Sánchez de Thompson de 1854 tomado en Montevideo, Uruguay. Fotógrafo: Antonio Pozzo (fallecido en 1910).

Referencias

- Alaniz, Rogelio** (2008) Crónicas de la historia: Mariquita Sánchez de Thompson. *El Litoral*, miércoles 5 de noviembre. Edición electrónica: <http://www.ellitoral.com/index.php/diarios/2008/11/05/opinion/OPIN-05.html> (última visita: 15 de Enero de 2009)
- Batticuore, Graciela** (1998) Juana Azurduy, los sueños de la libertad. En *Mujeres Argentinas. El lado femenino de nuestra historia*. Buenos Aires: Alfaguara. Pp. 17-39.
- Bertolini, Ana María** (2007) La accidentada y curiosa historia del himno. *Télam*, viernes 11 de mayo de 2007. Edición electrónica: <http://www.telam.com.ar/vernota.php?tipo=N&idPub=61877&id=148946&dis=1&sec=1> (última visita: 12 de Diciembre de 2008)
- Buch, Esteban** (1994) *O juremos con gloria morir. Historia de una épica de Estado*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Busfield, Joan** (1996) *Men, Women, and Madness. Understanding Gender and Mental Disorder*. New York: New York University Press.
- Calvera, Leonor** (1994) Revoluciones, minué y mujeres. En *Mujeres y cultura en la argentina del siglo XIX*, L. Fletcher (comp.). Buenos Aires: Feminaria. Pp. 166-175.
- Camarasa, Jorge** (2008) La apasionada fuerza de Mariquita. *La Voz*, domingo 13 de enero. Edición electrónica: http://www2.lavoz.com.ar/suplementos/temas/08/01/13/nota.asp?nota_id=152137 (última visita: 17 de enero de 2008).
- De Miguel, María Esther** (1998) Prólogo, en *Mujeres Argentinas. El lado femenino de nuestra historia*. Buenos Aires: Alfaguara. Pp. 9-16.
- Gálvez, Lucía** (2001) *Las mujeres y la patria*. Buenos Aires: Punto de Lectura.
- Gálvez, Lucía** (2004) *Historias de amor de la historia argentina*. Buenos Aires: Norma.
- Gardarsdottir, Hólmfrídur** (2001) Literatura argentina de dos épocas: revisión histórica que altera el lugar designado a la mujer. *Anales N.E.*, nr 3-4. Göteborg: Instituto Iberoamericano, Universidad de Göteborg. Pp. 57-76.
- Lehman, Kathryn** (1994) Entre Eros y Polis. El engendramiento de la Madre Patria. En *Mujeres y cultura en la argentina del siglo XIX*, L. Fletcher (comp.). Buenos Aires: Feminaria. Pp. 176-184.
- Lesser, Ricardo** (2004) Cuando la Argentina no era la Argentina: Los locos de la colonia. En: <http://www.librosricardolessar.com.ar/articulos/7-Los%20locos%20de%20la%20Colonia.doc> (última visita: 12 de diciembre de 2008).
- Masiello, Francine** (1992) *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation, and Literary Culture in Modern Argentina*. Lincoln: University of Nebraska.

Mizraje, María Gabriela (2003) Prólogo, en *Intimidad y política: diario, cartas y recuerdos. Mariquita Sánchez de Thompson*. Colección La Lengua/rescates. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Ripa, Yannick (1990) *Women and Madness. The Incarceration of Women in Nineteenth-Century France*. Cambridge, U.K.: Polity Press.

Rodríguez, Teresita (2000) *Mariquita Sánchez y Martín Thompson: Un Himno a la Independencia y al Amor*. Buenos Aires: Planeta.

Sáenz Quesada, María (1995) *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*. Buenos Aires. Sudamericana.

Sánchez, María (Mariquita) (1952) *Cartas de Mariquita Sánchez; biografía de una época*. Buenos Aires: Peuser.

Sánchez, María (Mariquita) (2003) *Intimidad y política: diario, cartas y recuerdos. Mariquita Sánchez de Thompson*. Colección La Lengua/rescates. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Sosa de Newton, Lily (1986) *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*. Buenos Aires: Plus Ultra.

Tío Vallejo, Gabriela (2004) *Tras las huellas de la "Nación". Los pasos perdidos de la historiografía argentina*. Tucumán: Instituto de Investigaciones Históricas "Dr. Ramón Leoni Pinto", UNT.

Ussher, Jane M. (1991) *Women's Madness: Misogyny or Mental Illness?* London: Harvester Wheatsheaf.

Vallejos, Soledad (2004) Recuperando a Mariquita. *Página/12*, Suplemento semanal "Las 12", viernes 16 de Julio. Edición electrónica: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-1327-2004-07-16.html> (última visita: 15 de Enero de 2009)

Zavalía Lagos, Jorge (1986) *Mariquita Sánchez y su tiempo*. Buenos Aires: Plus Ultra.